

El Arte

Revista hebdomadaria.

Núm. 31

5 de Agosto de 1899.

Año I.



Nota artística

COQUETERÍA (Cuadro de D. Luis Alvarez)



LOS BALNEARIOS

La vida moderna, que tiene sus exigencias y que deja sentir con abrumador peso las de la moda, obliga á toda persona de recursos monetarios ó de algún ingenio, á abandonar el centro de sus actividades y marchar en cuanto llega Julio á un balneario, necesario prólogo de la visita á una playa ó agradable paréntesis de la estancia en el puerto de mar.

El balneario es en los tiempos presentes la estación veraniega de carácter médico, y aun cuando hay muchas personas como aquel rollizo y sanote montañés que iba á Panticosa porque *le gustaban las montañas*, la mayoría de los que acuden á los balnearios, pretexto—si es que realmente no la tiene—una dolencia cualquiera, aunque sea levisíma.

Lo elegante, lo *pehut* como dicen en Biarritz, es salir de Madrid y dirigirse á uno (y si son varios, mejor) de estos establecimientos; pasar allí unos veinte días de la *temporada oficial* (que suele ser cuando más caro cuesta todo, y, por consiguiente, lo que *más viste y sienta mejor*), y después ir á San Sebastián, Trouville, Caunterets ó Arcachon.

Hay personas que en su afán de batir un *record* de balnearios, antes de salir, hacen un itinerario que abarca ocho ó diez de aquellos establecimientos *acuáticos*, y luego van haciendo bañar en cada uno de ellos á un individuo distinto.

—En Chapelaragua—dice un padre que conozco,—diez días, que le convienen á Rosita para las chapitas que le han salido en las manos; desde allí á Calaguala, quince días, para que mi señora se arregle el estómago; luego á Botijillo, para que Ricardín se lave los ojos y vea más claro el invierno que viene y no se me vaya al Real á hacer tonterías y á tropezar con los bastidores; después á Agualuz, donde yo tomaré unas duchas que me vendrán muy bien; más tarde á Aguachirle, para que Marieta, la cocinera, se inhale y la doncella se disuelva el lobanillo, y por

último á Estancaudilla, donde bañaremos al perro *Tom* que ha pasado un invierno terrible del reuma. Todos, desde allí, á San Sebastián.

Sólo que el tal papá, echa la cuenta de días y de dinero y resulta que esta excursioncita cuesta 20.000 pesetas y trece meses.

¡Imposible! Hay que dividirse. Es decir, dividir la familia en tandas, y dividir á algún amigo.

O, á lo menos, poner en el disparadero á cualquier acreedor que se ponga por delante diciéndole:

—Señor mío; si para mañana no me ha entregado usted las dos mensualidades que me adeuda de casa, lo echo á usted á la calle. La familia necesita ir á baños, y es preciso que yo haga efectivos todos mis créditos de aquí á cuarenta y ocho horas.

Otros recurren á diferente medio y llegan á casa de su banquero:

—Necesito que me adelante usted el importe del cupón de Octubre. Tenemos precisión de bañarnos — le dicen al administrador de sus rentas.

—Pero, D. Baldomero, ¡si estamos en el de Julio!..

—Hombre, en Octubre liquidaremos, porque aquí mi señora se está liquidando y á mi Julito ya se le ha derretido la nariz.

—Es que en Octubre vendrá lo del abono al Español, lo de *Nini*, lo de la berlina...

—Hombre, eso que ocurrió el año pasado, no pasa siempre; todos los años no se parte el eje de un coche...

—Bueno, pues tome usted; pero mucho cuidado, no sea yo quien tenga que partirle á usted por el eje.

A los pocos días la familia veranea, y se da el gustazo de leer en los periódicos:

«Entre las personas que aquí se encuentran formando parte de la escogida colonia venariega, figura el respetable rentista D. Baldomero Acuenta y su distinguida familia, siendo su hija menor, la encantadora *Sise* (el *buta* se lo come el periódico) una de las que más llaman la atención yendo á la Fuente.»

Se supone que por agua.

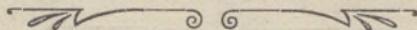
Con estas cosas gozan muchas personas y muchos padres.

Y es que el verano se impone, cueste lo que cueste.

Sálvense las ideas aunque perezcan los principios.

Todos los *principios* de todas las comidas del invierno.

Gandela.





SANOS CONSEJOS

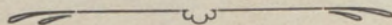


¿Quieres ser dichosa,
mi gentil Rosario?
Pues escucha atenta
los consejos sanos
que te da un amigo,
que, si no es un sabio,
tiene la experiencia
que le dan los años.

Siempre que de amores
te hable algún muchacho,
de esos que sin duda
te saldrán al paso,
y de amor te ofrezca
los amantes lazos
con palabras dulces,
con suspiros blandos,
con mirada tierna
y con tropos rancios,
no te muestres débil;
teme algún fracaso;
mira que los hombres
todos son muy malos,
y el mejor de todos,
aunque sea un santo,
ten por entendido
que es peor que el diablo.
Como tú eres bella,
como tienes gancho
y en tu cuerpo hay gracia,
mieles en tus labios,
nieve en tus mejillas
y en tu cutis raso,
luces y arreboles
en tus ojos garzos,
no sorprende á nadie,
porque no es extraño,

que tu huella sigan,
cual si fuesen galgos,
todos los que aspiran
á tu blanca mano;
por lo cual muriendo
viven mas de cuatro...
Pues cuando uno de esos
trovadores fatuos,
de esos que tu puerta
rondan sin descanso,
te promete amores
con mentido halago,
sé con él tirano,
palo, ¡mucho pa' o!
No hagas caso nunca
de suspiros blandos,
de miradas tiernas,
de fingido llanto;
porque en estas lides
todos apelamos
á recursos tates,
pues opinan varios
que es para venceros
el recurso mágico.
Y cuando le veas
á tus plantas, manso,
suave como un guante,
tu cariño ansiando,
mándale á paseo,
lejos de premiarlo;
mátale á desdenes,
ponle el gesto huraño,
hasta que consigas
que se marche, harto
de sufrir desdenes,
y al fin deje el campo
libre de rivales...
¡para ser yo el amo!

Manuel Soriano

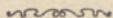


Galería de Artistas



1. Rosario Pino. — 2. Ascensión Miralles. — 3. Clotilde Perales.
4. Luisa Campos.

¡POBRE CONSUELO!...



Por fin, después de muchas dificultades, el pobre *Malagueño* logró su empeño: Madrid apreciaría sus facultades cuando viese el trabajo del *Malagueño*.

De seguro quedaba como un valiente; el pueblo entusiasmado le aplaudiría, y entre palmas y bravos luego la gente, en hombros de la plaza le sacaría.

¡Qué ropa!—murmuraba.—¡Vale un tesoro! Ha de quedarme de ella memoria grata...

¡Qué vestido de luces, azul y oro!

¡Qué precioso capote, corinto y plata!

¡Qué alegre desde el palco le miraría Consuelo, la sultana de sus amores, y con cuánta arrogancia se terciaría un mantón de Manila de mil colores!

Al ver que le aclamaba la muchedumbre ¡cómo le envidiarían los compañeros, y cómo ensalzarían, según costumbre, su valor y su arrojo los revisteros!

Mientras que se estiraba la chaquetilla, todo esto discurría con faz serena, después que hubo salido de la capilla, cuando llegó el instante de ir á la arena.

Iban á realizarse sus ideales á gusto y á medida de su deseo; sonaron los clarines y los timbales, y entre música y palmas se hizo el paseo.

Dispuestos los muchachos á la refriega, cambiaron, dando muestras de nuestra raza, los capotes de lujo por los de brega, y al fin el primer bicho pisó la plaza.

Desde el palco, Consuelo, con loco anhelo, sonrió al *Malagueño* llena de gozo: él, con otra sonrisa premió á Consuelo, y ella pensó orgullosa: «¡qué guapo mozo!»

*
* *

Cuando las otras suertes se hubieron hecho, *Malagueño*, vestido de azul y oro, una vez dicho el brindis, muy satisfecho, con estoque y muleta, se fué hacia el toro.

Pero por más que hacia con el *morucho*, como éste se encontrara bastante huido, el matador no pudo lucirse mucho; por lo cual un imbécil, desde un tendido, queriendo hacer, sin duda, de gracia alarde, exclamó con voz ronca: «¡Vaya un *canguelo!*»

Y al oírse el muchacho llamar cobarde,
juzgó que era un insulto para Consuelo,
y volviéndose entonces hacia su amada,
la miró de hito en hito muy sonriente,
como para decirla con la mirada:

«—No dudes, alma mía, que soy valiente.»

Con arrogancia y arte, bien perfilado,
citó á volapié, en corto, muy por derecho;
pero el valiente espada quedó enganchado,
y una cornada horrible sufrió en el pecho.

Y aquel diestro, que estaba tan persuadido
de oír en honor suyo batir las palmas,
convulso y jadeante sintió en su oído
el grito monstruoso de diez mil almas;

mientras, con una mano sobre la herida,
y la triste mirada fija en el cielo,
pronunciaba estas frases: «—¡Madre querida!...
¡Virgen de la Paloma!... ¡Pobre Consuelo!...»

Deusdedit

Justo castigo

(HISTORIETA MUDA, POR J. SIERRA)

1



2



3



4



El Cardo.

En el campo donde nace,
es copia y símbolo fiel
del hombre astuto y cruel
que en la maldad se complace.

Ambos presentan al par
flores que no dan olor,
mustias hojas sin verdor
y espinas que hacen llorar.

Yo, si algún cardo prefiero,
aunque todos son dañinos,
es el que los campesinos
llaman cardo borriquero.

Como, sin hacerle agravio,
encuentro de más aguante
la humildad del ignorante
que la presunción del sabio.

Hombres cardos hallarás
por donde quiera que fueses;
harás bien si les huyeses,
el contagio evitarás.

De ellos, los más peligrosos
son los ricos egoistas,
los avaros, los duelistas,
los tercos y los celosos.

Del amor hijos bastardos,
á los cuales, en rigor,
debe azotar el amor
con un manojo de cardos.

Manuel del Valcico

Rifa de novios.

INOLVIDABLE Maria: A tí, que, aunque muy joven todavía, tienes mucha más experiencia que yo, que, como quien dice, acabo de salir de aquel colegio donde nos conocimos, acudo hoy en demanda de un consejo franco y leal. Yo sé que tú eres muy buena, que aún me sigues queriendo como cuando en vez de estudiar charlábamos juntas, excitando las iras de Sor Juana; y sé que me aconsejarás lo que debo hacer, lo que tú harías en mi lugar.

Es el caso, que Antonio, aquel muchacho rubio y simpático con quien tengo relaciones, no es del agrado de mi familia. Papá, que, como sabes, es intransigente cuando se pone á serlo, ha puesto candados á las ventanas y balcones, ha dado órdenes terminantes, bajo pena de inmediata despedida, á criados y doncellas, y ha reñido y vociferado. Mamá, por otra parte, me ha regañado también, y me ha dicho que Antonio es un abogadillo sin pleitos, incapaz siempre de sostener una casa con el boato y el decoro de la mía, y que lo que me conviene es que haga caso al Conde del Río, á favor del cual también parece inclinarse papá.

A mí, hablándote con franqueza, el tal Condesito me resulta muy antipático. Elegante, sí es; pero con una elegancia tan extraña, que no parece sino que va encorsetado bajo la larga levita, que se peina diez ó doce veces al día, que se da otras tantas cosmético en aquellas guías del bigote que deben pinchar como agujas, y que mantenido siempre derecho, como si llevara en su interior una barra de hierro, sólo se inclina para saludar con ridiculas reverencias, que más que producto de su cortesía, obedecen á un mecanismo de relojería.

Dicen que tiene una gran fortuna; él vive y triunfa; pero por eso mismo me parece á mí que, acostumbrado á una vida de derroche y de alegría, no ha de hacer muy buen casado. A mí me distingue mucho, y el día de mi santo me envió un jarrón preciosísimo con muchísimas flores.

Aun estando indecisa, me inclino á Antonio, tan simpático, tan serio, tan natural, y tan sufrido; porque tú no sabes los desprecios que le han hecho mis papás.

¿Qué hago? ¿Qué resuelvo? Aconseja pronto á tu amiga que te quiere y abraza,

CONSUELO.

* * *

Queridísima amiga: Gran distinción me otorgas confiándome tus dudas, y esperando que yo, pobre de mí, he de resolverlas.

Dificilillo es de hallar solución al problema que me planteas; pero á cambio de darte la que sólo tú debes escoger, te contaré en dos palabras dos historias, para que tú adoptes como modelo la que más te agrade.

Empezaré por la mía. Ya recordarás que cuando yo me casé con Pepe, lo hice contra viento y marea de toda la familia. Mis padres me decían que era un pobretón, un empleadillo del tres al cuarto; que si derrochaba lo que no tenía, y pedía prestado; que si patatín, si patatán. Yo rompí por todo, estuve dispuesta (te soy franca) á dejarme raptar, y no tuvieron más remedio que ceder, y me casé en la capilla reservada de San Ginés.

Tres años, van para cuatro, llevo de casada: mi marido, ya lo sabes tú, me adora y soy feliz con él. Pepe ha hecho en Bolsa una fortuna y nada falta en casa; somos completamente felices.

El otro caso es el de la Condesita de Ruiz, que dió un verdadero escándalo para casarse con su marido, y ya sabes que ahora viven separados; tanto, que él, con un descaro inaudito, dicen que vive con una tal Niní en un hotel del barrio de Pozas, y ni siquiera saluda á su mujer cuando, como el otro día, se la encuentra en las carreras de caballos.

¿Quieres dos *casos* contrarios? Allá van: Lolita obedeció á sus papás y hoy es muy desgraciada; su marido la ha dejado por puertas. Y Rosa Vélez, que no hizo caso á sus padres, es hoy dichosa, y si hubiera casado con Perico López hoy estaría viuda, pues López se suicidó acosado por las trampas que contrajo en el juego y otros vicios peores.

—¿Qué hago entonces? me preguntarás. Pues, muy sencillo. ¿Quieres un consejo concreto? Pues, mira, sortea tus pretendientes, deja que hable la suerte: en dos papelitos iguales escribes, «Antonio» en uno, y «Conde del Río» en el otro, y los echas en un sombrero, en tu joyero, en cualquier parte, muy dobladitos, sin que se vean los nombres. Después, en otros dos papelitos iguales, escribes en uno de ellos: «Con éste me caso», y en el otro: «A éste no le quiero»; haces análogamente que con los de los nombres y ya no falta sino que, bien movidos, saques un papel de uno y otro sitio y veas á quién te dice la suerte que despidas.

Ahora bien; ¿qué debes hacer en vista del resultado del sorteo? Pues fijate bien; lo contrario de lo que resulte de la rifa.

Por cierto que para ella te puede también servir el jarrón que te regaló Del Río el día de tu santo, y que andando el tiempo quién sabe si tendrás que arrojárselo á la cabeza.

Te envía muchos besos y abrazos,

MARIA.

Por las copias,

Manuel de St. Tolosa.

EN LA CASA DE LOS LOCOS

Clavó en mi una mirada
reveladora fiel de su locura,
y después que pasó sin decir nada
un minuto, exclamó con amargura:
—¡Yo no la he vuelto á ver, y la quería
como el ciego á la luz; la luz al día!

A callarse volvió, y en su semblante,
que mortal palidez cubrió al instante,
reflejarse miré tan gran tristeza
que volví hacia el loquero la cabeza,
por el gesto del loco conmovido
y ya me iba á marchar, cuando decía
el loco entristecido:

—¿La conociste acaso?
Tenía en su mirada luz del día
y en aquel cutis raso.
¡Pero no me quería!...
¿Por qué no me querría? Dí, contesta...
¡Mira tú que son raras las mujeres!
No piensan más que en trajes y placeres,
y en esto pensaba ésta.
Por eso la ocurrió... ¿no lo has sabido?
Y bajando la voz, siguió el cuitado:
—Pues, mira, la ocurrió que se ha dormido.
¡No vayas á creer que la he matado!
¿Quieres tú despertarla?
Pues, anda, llámala; tráela en seguida.
Si tú quieres, y puedo yo mirarla
un minuto no más, te doy mi vida.
Te entregaré un tesoro
que tengo aquí escondido;
si tú ambicionas oro, tendrás oro;
y en cambio, como noagas lo que pido,
te advierto que soy Dios Omnipotente,
y te dejo dormido,
como á ella la he dejado de repente...
Cambió de tono al punto, y cariñoso:
—No te quiero engañar—me dijo luego.
Yo he sido muy dichoso...
Puso en mi corazón el niño ciego

un amor tan profundo,
que á nadie tuve envidia en este mundo.
Ella me amaba á mí, yo la adoraba
y la vida un edén me parecía;
pero descubri un día
que la mujer aquella me engañaba
y ¿sabes qué hice yo?—dijo á mi oído—
pues... aunque digo aquí que la he dormido,
tú no creas tal cosa;
la maté, por infame y por... perdida;
y... ¡estaba tan hermosa
al dar el postrer soplo de su vida!...
Tráemela, tráemela; ¡si yo la quiero!
No hagas caso al loquero.
¡Si no estoy loco, no! ¡Si es que la adoro,
y por verla otra vez diera el tesoro
que tengo aquí escondido
para tí solo, si haces lo que pido!

Me hizo seña el loquero que saliera,
viendo la exaltación del desdichado;
y á tiempo nos marchamos todos fuera,
porque el loco, irritado,
se habia convertido en una fiera.

Y viendo luego traspasando el monte
al sol, perdido allá en el horizonte,
me alejé poco á poco
de aquel triste lugar de la locura,
pensando con tristeza y amargura
en aquel pobre loco,
que perdió la razón por los *quereres*—
según dijo el loquero,
que tras de hablarme mal de las mujeres,
me despidió cortés... por mi dinero.

César Eusebio





Á UNA MUJER DESDEÑOSA

(Soneto.)

Como espera en la cítara la nota
la hábil mano que pasa resbalando,
el amor en mi ser está esperando
la fresca risa que en tus labios brota.

Como cristal donde la luz va rota,
tu figura mi ser copia temblando,
y mi espíritu pasa iluminando
entre la niebla que se mece y flota.

Niño soy, que, la luz reproduciendo
en el cristal donde se quiebra viva,
con ojos de placer la va siguiendo.

Tu imagen es la luz que me cautiva;
y aunque en miles de partes la estoy viendo...
¡en ninguna se muestra compasiva!

Salvador Rueda



Arleta



Pocas son las novedades que la última semana teatral ofrece. Cerrados la mayoría de los coliseos, alejado el público que los sostiene, veraneando los autores de cierto renombre y sin ánimo de arriesgarse, por ahora, los empresarios, la vida teatral se desliza lángida y monótona.

Apolo cerró sus puertas, y ya no las volverá á abrir hasta el 1.º de Septiembre, y el único estreno que se ofrece á nuestra consideración es *El milagro de San Pedro*, original de dos autores sevillanos.

La música es bastante agradable, y el libro, algo lánguido en sus comienzos, no deja de tener situaciones cómicas bastante bien preparadas.

En los Jardines, la dirección artística que con tan buen acuerdo ha puesto en escena obras ya olvidadas, ó poco menos, de nuestro público, representará ahora zarzuelas en un acto.

Sólo que nosotros nos permitiríamos aconsejarla que, siguiendo la misma marcha que siguió con las zarzuelas grandes, procure ahora dar la preeminencia en el cartel á las zarzuelas en un acto, pero antiguas, y exhumar, por ejemplo, *Luz y sombra*, *Un pleito*, y tantas otras de la buena época del arte lírico español.

Sea como quiera, los Jardines del Buen Retiro serán siempre, durante los veranos, el sitio predilecto del público de Madrid.

En los Circos no existe, realmente, ninguna *atracción*; mucho *debut*, mucho cartel llamativo, y en el fondo los elefantes amaestrados y los caballos nadadores en Parish, y en Colón pantomimas.

Los *sañones de colores*, el *Bleu*, el *Rouge*, etc., continúan funcionando con sus *divettes* y bailarinas.

Son espectáculos baratos, pero que me parece que no echarán aquí raíces.

Y esto es todo, que por cierto no puede ser menos.

Bambalina.

Advertencia.

mastriz

Ausente de Madrid el Sr. Vizquete, se ha encargado de la confección del presente número de **El Arte** nuestro querido amigo D. Manuel de A. Tolosa, director de la revista «Bellas Artes», á quien agradecemos muchísimo este favor que nos dispensa, quedándole altamente reconocidos.



PENSAMIENTOS:

Los hombres de gran talento dicen siempre más de lo que sienten; los de gran sentimiento, dicen siempre menos.

El silencio de dos que se aman, es el silencio más digno de oírse.

* *

¡Madrecita de mi alma,
Mis penas voy á contarte;
Que las penas de los hijos
Sólo las oyen las madres!

Arcos de oro son tus cejas,
Y amor con ellas dispara,
Contra amantes corazones,
Las flechas de tus miradas.

* *

Un prestamista daba lecciones de mundo á su hijo mayor.

—Hijo mío—le decía,—la honradez y la generosidad antes que todo. Un ejemplo: Ayer, al hacer efectiva una cuenta, un individuo me ha dado quinientas pesetas de más. ¿Sabes lo que hice? Callarme, y enviarle hoy, como regalo, media docena de calcetines. Así se ganan amigos.

La señora sorprende á su cocinera mojado un dedo en la salsa para probarla.

—Eso no me parece muy limpio—le dice.

—Menos limpio fuera ensuciar una cuchara para esta tontería.

Charada:

Prima es dos y dos es prima,
y el *todo*, tus *ojos*, Luisa.

(Solución el número próximo.)

—Pero, hombre, ¿por qué no te casas con Elvira? Mira que seis años de relaciones ya es demasiado.

—Efectivamente; pero, si me casara con ella, no tendría yo entonces donde pasar el rato.

Para que la alabanza que recibamos sea justa y noble, es necesario que el que nos la dirija no tenga nada que esperar á cambio de ella.

Un individuo escribió á otro para que fuera á verle, á fin de tratar de un asunto de interés, y después de la firma puso lo siguiente:

«*Postdata*.—Ahora caigo en que no he puesto las señas de mi casa; pero soy tan conocido que puede usted preguntárselas á cualquiera.»

—Va usted á cortarme el pelo, pero con mucho primor.

—En seguida.

El oficial, bastante hábil en el manejo de la tijera, termina airoosamente la operación.

—Vea usted si está á su gusto.

—Quisiera el pelo algo más corto por esta parte.

—Al momento. ¿Está así bien?

—No, tan corto no; déjemelo usted un poco más largo.